

Diálogo teórico entre Winnicott y Bergson. El predominio de la inteligencia por sobre la intuición en la preocupación maternal primaria¹

Resumen: El presente trabajo tuvo como objetivo crear un entrecruce teórico entre el concepto winnicottiano de preocupación maternal primaria y los conceptos bergsonianos de *durée* y *élan vital*, con la finalidad de establecer una problemática respecto a la primacía de la inteligencia —por sobre la intuición— en el desarrollo emocional temprano. Resaltando la producción del vacío, como consecuencia del menoscabo de la creatividad primaria y fuerza vital mediante la intelectualización del gesto espontáneo por parte del ambiente.

Palabras clave: Preocupación Maternal Primaria – Creatividad – Fallo Ambiental – Vacío.

Bryan Ferrada

Ambiente, preocupación maternal primaria y la pulsión de agresividad.

El cuidado suficientemente bueno por parte del entorno del bebé integra algo más que el solo acto adaptativo y facilitador de la figura materna; en última instancia, ambiente es todo aquello que nos está sosteniendo de manera constante: una madre, un padre, la familia, la cultura, el Estado, la democracia —y por supuesto, todo cuanto se ubica en el “entre” de estas entidades. Un ambiente no es estático, no se reduce al contexto de un individuo, sino por el contrario, supone la manera en que este y su contexto son de manera inmanente y en devenir. Así lo evidencia la raíz etimológica del concepto, que hace alusión al verbo en latín *ambīre*, compuesto por las palabras *amb*, que significa “alrededor” e *īre*, que se traduce en “ir”. Así, este verbo implica una movilización, un “moverse en torno a” que da cuenta de un dinamismo, un flujo de movimiento que rodea, envuelve e interactúa con lo que se encuentra en su centro. Un ambiente, entendido de esta manera, es entonces uno que permite las condiciones suficientes para la maduración emocional sana del bebé a la base de un cuidado que no cesa; una confianza que se instaura a partir del ser atendido en sus necesidades, y más tarde en la integración de las pulsiones; y por sobre todo, en la capacidad de la figura materna de sostener y dar sentido repetidamente a la omnipotencia del infante en los diversos momentos de su continuidad existencial, con la finalidad de permitir la integración, personalización y la realización de un individuo total.

En el inicio de la vida, incluso momentos antes del nacimiento, la movilidad armónica dentro del *set up* individuo-ambiente resulta fundamental, pues permite mantener en continuidad lo que Winnicott (1988) postula como un estar-siendo², conformado por la congruencia entre los gestos espontáneos del bebé y la función de la figura materna,

1 Trabajo aprobado por pares evaluadores doble ciego

2 Winnicott (1988), refiere a la coherencia entre las presiones internas propias del individuo —que inicialmente son vividas como necesidades puramente somáticas—, y las externas, provenientes de una realidad que paulatinamente se va haciendo presente a través de los movimientos y contacto del *infans*.

referente al *merge3* del narcisismo primario. Este encuentro que se sostiene por un ambiente suficientemente bueno, “es absolutamente esencial, debemos recordarlo, para el desarrollo natural del ser humano que comienza a vivir” (Winnicott, 1988, p. 183), ya que, si bien todo individuo tiene un potencial heredado con tendencias a la maduración, este por sí mismo no puede convertir un soma inicial en una persona total si no es gracias a un ambiente que establezca condiciones facilitadoras para su desarrollo. De ahí radica la importancia de la preocupación maternal primaria en las primeras semanas y meses de vida del bebé. Winnicott (1979) la va a definir como un estado de sensibilidad exaltada, en donde la figura materna en estado de salud se enferma⁴ momentáneamente con la finalidad de identificarse con el recién nacido y sus necesidades (predominantemente biológicas), y de esta forma, empatizar con sus angustias de aniquilación. Asimismo, esta función también integra la dedicación, como un tipo de amor especial por parte de la figura materna; una que entrega una adaptación sensible y activa a las necesidades fisiológicas de su bebé, que se dedica a él sin resentimientos —que no supone la ausencia de odio—, y que se presenta como una madre común y corriente sin la necesidad de comprender a su hijo a través de la intelectualización (Winnicott, 2024a). Acto que “aporta un marco en el que la constitución del pequeño empezará a hacerse evidente, en el que las tendencias al desarrollo empezarán a desplegarse y en el que el pequeño experimentará movimientos espontáneos” (Winnicott, 1979, p.401), que desde el inicio de la vida, incluso antes de la integración de la personalidad, son expresados en forma de agresividad.

Winnicott (2023a) señala que en el origen de la vida, la agresividad es concebida como un sinónimo de actividad y que esta tiene como principal fuente la experiencia pulsional; una que no es intencionada ni dirigida a un objeto, sino por el contrario, es accidental y se presenta en un estado de pre-crueldad en donde la agresión forma parte de la expresión primitiva del amor, una que “es condición de posibilidad para el desarrollo y la construcción del mundo ... [es] un aspecto de la creación y el desarrollo cuyo fin primario no es la destrucción” (López, 2020, p. 86), sino el encuentro con el objeto externo como inicio vital necesario para lo que será la introducción al principio de realidad. Objeto que debe ser capaz de responder y sobrevivir a la espontaneidad del bebé, manifestada como una fuerza constructiva-destructiva que da impulso a la construcción de lo que Winnicott llamó *self*, y que alude a la posibilidad de que cada individuo pueda vivir de manera auténtica y creativa (Anfusso y De Sousa, 2020). En este sentido, la fuerza vital es expresada por medio de movimientos manifestados en pataleos, gritos, llantos, mordeduras, etc., que dan cuenta de un organismo que existe y comienza a vivir gracias a un medio ambiente que será “descubierto y redescubierto debido a la movilidad. Aquí cada experiencia dentro del marco del narcisismo primario enfatiza el hecho de que es en el centro donde se desarrolla el nuevo individuo” (Winnicott, 2023a, p. 285), y que lo hace debido al empuje pulsional del bebé y la capacidad de la figura materna para atender de manera “mágica” a sus necesidades. Es decir, mediante un encuentro dinámico —*merge*— que es facilitado por al menos dos aspectos dentro del *set up* individuo-ambiente: movimiento y temporalidad, que en principio, se configuran de

3 Tras el trabajo de traducción de las *Obras Completas de Donald W. Winnicott* realizada por la Asociación Winnicott Chile, se propone mantener la palabra en su idioma nativo, pues la traducción al español que se ha hecho del concepto: fusión, resulta imprecisa para la explicación de la relación entre la figura materna y el bebé.

4 La madre bajo estas condiciones es “como si” estuviera enferma, pues encarna la no-integración, renuncia a su organización yoica, y se expone de manera activa y voluntaria al mayor dolor psíquico en estado de normalidad; hay una exposición a la muerte en aras de sostener al bebé.

una manera intuitiva, sensible, propia e irreproducible dentro de la diada madre e hijo, y por lo tanto se hallarían esencialmente despojados de la dimensión espacial a través de la cual se articula el tiempo cronológico, organizado y rígido.

El cuidado maternal primario y su relación con la temporalidad y el movimiento de un “yo profundo”.

Dentro del proceso primario, el tiempo del bebé está sujeto a la relación pulsión-objeto y estaría comandado por su ritmo pulsional, al igual que por la capacidad del cuidador de sincronizarse en la ritmicidad del mismo. Este encuentro de, en un inicio, ritmos corporales demarca una atemporalidad dentro del proceso primario. Freud (1992) plantea que “Los procesos del sistema lcc son atemporales, es decir, no están ordenados con arreglo al tiempo, no se modifican por el transcurso de este ni en general, tienen relación alguna con él” (p. 184). Aquí no habría aún una temporalidad subjetiva diferenciada de una temporalidad pública, sino más bien, una metatemporalidad primaria en donde coexisten de manera simultánea todos los tiempos que más tarde se establecerán como independientes, diferenciados y en constante entrecruce. Que este proceso primario funcione bajo la lógica del inconsciente, no quiere decir que el *infans* esté fuera del tiempo, sino que este lo interpela de una manera distinta. A saber, a partir de la tensión entre la atemporalidad del par pulsión-objeto, la *durée* del cuidador, y el tiempo público o histórico de la realidad externa. Ahora bien, si decimos que la ritmicidad propia de la pulsión del bebé va a depender exclusivamente del ritmo y sincronización del cuidador (y ambiente), habría que preguntarnos en primer lugar, cómo se va a concebir la temporalidad de quien sostiene, atiende, maneja y responde a las necesidades del infante. En razón de esto, es que Winnicott (1993a) va a decir que en el inicio de la vida “quien hace correr el tiempo [de la diada] es la madre” (p.101); tiempo que se articula a la base de una identificación proyectiva proveniente de la figura materna, dando como resultado una enfermedad que pareciera esquizoide, pero en estado de salud. La madre se repliega de la realidad externa y el tiempo público —no de manera radical— con la finalidad de centrar su existencia en la atención de su hijo. Para esto, es necesario de un ambiente que sostenga no solo al recién nacido, sino también a la madre que regresiona, revive sus experiencias neonatales y se identifica con sus figuras de cuidado, es decir, “objetos internos inconscientes provenientes de experiencias reales con personas que la cuidaron cuando ella era un bebé o una niña” (Ogden, 2020, p. 106). De esta manera, la temporalidad inicial es propiciada por el encuentro entre dos seres espontáneos, en potencia y creativos; por dos fuerzas vitales que expresan vivacidad por medio del movimiento: el bebé empujado por sus pulsiones agresivas y la madre mediante una disponibilidad subjetiva que Bergson llama *durée* y se cimenta en el yo-profundo.

Pero ¿qué implica una conformación de este tipo? Una duración así planteada (*durée*) va a ser deslindada de la temporalidad pública en un aspecto esencial: la confluencia entre el tiempo y el espacio. Henry Bergson dentro de su primer libro—y tesis doctoral: *Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia* (1889), ya establecía esta distinción: “engañados por la aparente simplicidad de la idea de tiempo, los filósofos que han intentado una reducción de estas dos ideas han creído poder construir la representación del espacio con la del tiempo” (p.76). El autor va a proponer dos formas de comprender la duración, una que es de carácter puro; y otra, en la que de manera implícita se vería integrada la dimensión espacial. Bergson (1999) va a decir que esta cualidad de pureza en la duración implica dejar de lado la diferenciación entre el estado del presente y el

pasado, habitando, por el contrario, un estado de consciencia en donde el yo se deja vivir —no en términos de un replegamiento total, o un olvido de los estados anteriores. Un dejarse vivir en donde el pasado y el presente no se yuxtaponen en términos de una secuencialidad punto a punto de forma cronológica; sino por el contrario, se organizan o funden conformando una armonía dentro de la cual, al igual que en las notas de una melodía, el todo es más que la suma de sus partes. Hay una sucesión melódica que se compenetra, organiza y solidariza entre sí, dentro del cual cada elemento es representativo de un todo sin diferenciación cualitativa, haciendo de la duración un ser en donde no hay cabida para la dimensión espacial. Es decir, la pura duración “bien podría no ser sino una sucesión de cambios cualitativos que se funden, que se penetran, sin contornos precisos, sin tendencia alguna a exteriorizarse unos con relación a otros, sin parentesco alguno con el número: sería la heterogeneidad pura” (Bergson, 1999, p.79).

Esta temporalidad subjetiva en el inicio de la vida del individuo se torna esencial. La duración pura del cuidador implica una relación con lo que Bergson va a denominar: el yo profundo, “el que siente y se apasiona, el que delibera y se decide, es una fuerza cuyos estados y modificaciones se penetran íntimamente” (Bergson, 1990, p. 90). Así, estaríamos frente a una subjetividad paradójica que se presenta como pura heterogeneidad y de manera simultánea, como una “simple e indivisa multiplicidad que va más allá de la oposición uno-múltiple” (Facundo, 2013, p.156). Un sujeto en estado puro supone dinamismo y movilidad. Es alguien que se encuentra en un devenir permanente, capaz de modificar su naturaleza de manera inventiva y continua. Un yo íntimo que no se establece de manera estática, sino en estados vivos, inmedibles y penetrables unos en otros (Facundo, 2013). Un individuo que se halla siempre en potencia. En términos Winnicottianos, la figura materna presenta una disponibilidad emocional, creatividad e intuición que solo se hace posible en la medida que —tal como señala Bergson— *el yo se deja vivir* y la madre se encuentra conectada con lo más íntimo y verdadero de su *self*. Uno que permita un movimiento al ritmo del presente vivido, abierto al flujo cambiante de lo real; que permita “el tiempo de la experiencia, aquel que puede condensar, en tan solo un instante, el pasado, el presente y el futuro. Ese tiempo [que] nos es propio, único y nos atraviesa en el infinito de la vivencia” (Fenieux, 2024, p. 176). Es dentro de esta contradicción donde reside la madre en el cuidado de su hijo, un “momento en el que se es niño, adulto y viejo a la vez en el cuerpo que habitamos” (Fenieux, 2024, p. 176), y que es representativo, respectivamente, con la identificación que realiza con el bebé, su presencia profunda actual, y la identificación con sus figuras maternas de antaño. Es decir, habita la confluencia entre lo que fue, lo que es-siendo, y lo que será en potencia.

Instinto, inteligencia e intuición: la élan vital del bebé y la intuición materna.

“Al comienzo, antes que de que cada individuo cree el mundo de nuevo, hay un estado simple de ser” (Winnicott, 1993b, p. 191), no hay caos porque no hay orden; hay una no-integración primordial a partir del cual la vida es empujada a la vivacidad. Para Winnicott (1993b) la vida transcurre en medio de dos muertes; en el “entre” de dos vacíos. En el inicio, la falta de vivacidad se presenta en términos de potencia: *a partir de la nada algo puede ocurrir*, pues el anhelo de que algo ocupe un lugar en el individuo solo es posible a partir de la existencia previa del vacío primario. Un vacío que será significado por Winnicott (1991) como el momento previo a “empezar a llenarse” (p. 119). De esta manera, surge la pregunta respecto a qué podría existir previamente al comienzo del llenado. En un primer momento --antes del nacimiento--, el bebé encuentra intrauterinamente

las condiciones fisiológicas adecuadas para ser sostenido. De este modo, el cuerpo móvil de la madre es expresión somática de una primera sintonía con las necesidades del feto, y por lo tanto, supone el inicio de un *set up* individuo-ambiente a través del cual se expresará lo que Winnicott (2023a) llama los primeros “impulsos del feto ... la vivacidad de los tejidos y ... las primeras evidencias del erotismo muscular” (p. 391); es decir, la fuerza vital.

Esta *élan vital*, tal como la formula Bergson (1963), refiere a una exigencia de creación por parte de un organismo mediante el apoderamiento de la materia bruta; materia a la cual dice, tiende a introducir “la mayor suma posible de indeterminación y de libertad” (p. 654) pese a su constante resistencia. El esfuerzo por transformar la materia inerte implica una superación creativa de su determinismo que se actualiza constantemente, sugiriendo una invención permanente de la novedad y la construcción de lo imprevisible en cada momento. Para el autor de *la evolución creadora* (1907), la manera en que se puede actuar sobre la materia implica dos diversos medios de acción: la inteligencia y el instinto. Entre ambas “sólo existe una diferencia de grado, no de intensidad o de naturaleza” (Ruiz, 2009, p. 191), ya que --como tendencias de la fuerza vital-- se complementan en función de conocer y actuar sobre la realidad. Así, Bergson (1963) va a plantear el uso de la inteligencia como medio para la comprensión y explicación de las operaciones físicas, como una manera de traducir la realidad material en términos mecanicistas, fragmentarios y en donde el conocimiento es pensado y consciente. A través de ella, se pierde el movimiento real de la vida y esta deviene en una suma de objetos de conocimiento; unos a los cuales se busca comprender por medio de sus cualidades, desde afuera y a partir de la mayor cantidad posible de consideraciones que le circunden. Es por esto que la comprensión que posibilita la inteligencia refiere al de una forma --y no materia--, como el conjunto de relaciones que se genera entre los diversos materiales para establecer sistemáticamente un conocimiento. No admite lo imprevisible, deja escapar la novedad y rechaza toda creación espontánea.

Por otra parte, se halla el instinto, que supone un medio de expresión funcional de la fuerza vital a partir del cual se apertura el conocimiento innato, no de la forma, sino de la materia. “El instinto es simpatía” (Bergson, 1963, p. 590) del ser vivo con la vida, que mediante una inteligencia encarnada --primaria, no racional, reflexiva ni consciente-- permite el contacto entre el ser y la inmediatez de la realidad. Así lo ejemplifica Bergson (1963) cuando propone que la búsqueda del bebé, por primera vez, del pecho materno es un acto que atestigua “el conocimiento (inconsciente, sin duda) de una cosa que nunca ha visto” (p. 565). Una búsqueda por parte del recién nacido que resuena con la definición de Fairbairn (2001) respecto a una pulsión que inicialmente no busca el placer de la descarga sino a un objeto. Que en términos Winnicottianos, empuja al bebé al encuentro con un otro a través de la pulsión de agresión.

Pulsión a la que, tal y como se había mencionado anteriormente, deberá sobrevivir el ambiente; que será sostenida por un otro que asuma una preocupación maternal primaria y que pueda actuar desde lo que desarrolla Bergson como intuición. Un elemento que está implicado en la diferencia y en la complementariedad que cobran la inteligencia y el instinto sobre la vida (Ruiz, 2009), y que va a ser formulado como un “instinto ya desinteresado, consciente de sí mismo, capaz de reflexionar sobre su objeto y de ampliarlo indefinidamente” (Bergson, 1963, p. 591). La intuición, sería un medio--fugaz, incompleto, pero suficiente-- a partir del cual un individuo puede conducirse al interior

mismo de la vida sobre la base de una “conciencia inmediata ... [y un] conocimiento que es contacto y hasta coincidencia” (Bergson, 2013, p. 39) con el otro. En este sentido, la intuición por la cual la madre es capaz de acceder a su yo profundo —a la *durée* como flujo de la consciencia vivida— y por ende, verse expuesta a las angustias de aniquilación del recién nacido por medio de una identificación, requiere de un “movimiento por el cual salimos de nuestra propia duración, por el cual nos servimos de nuestra duración para afirmar y reconocer inmediatamente la existencia de otras duraciones” (Deleuze, 2017, p. 29). Es este movimiento el que se encarna en la función maternal primaria, uno que va al encuentro de un bebé que expresa su fuerza vital en forma de instinto (pulsi3n) y que provee un sostén no solo fisiológico, sino también de su tiempo subjetivo. De esta manera, se puede pensar en que el *set up* individuo-ambiente se conforma por una coincidencia entre el bebé y su expresión pulsional, y la madre, que asume una preocupación que es facilitada por la intuición, el instinto y la inteligencia; es decir, hay una complementariedad que no se manifiesta como exclusión, sino en forma de jerarquía dinámica en donde predomina la intuición, y es acompañada por el marco que ofrece la inteligencia como anclaje a la realidad externa y su tiempo cronológico.

El predominio de la inteligencia en la preocupación maternal primaria.

Ahora bien, qué ocurre si es que la forma de conocer las necesidades del recién nacido proviene del predominio sostenido de la inteligencia. Ruiz (2009), siguiendo a Bergson, va a plantear que la inteligencia, a diferencia de la intuición, marcha en sentido contrario de la vida. Bergson (1963) va a decir que “la inteligencia está caracterizada por una incomprensión natural de la vida” (p. 581), de manera tal que cuando la figura materna busca sostener al recién nacido a través de la comprensión e interpretación de su gesto espontáneo, entonces la mirada de la madre deja de ser un reflejo para el bebé. Este ya no se ve a sí mismo, sino por el contrario, ve el estado de ánimo o rigidez de las defensas de un ambiente que, ante el cuidado deficitario, atrofian la capacidad del infante para crear, para apereibir. La ilusión de omnipotencia se ve aplacada por una intrusión ambiental que obliga al bebé a percibir prematuramente el mundo, y por lo tanto, a vivir en base a la reacción del ambiente (Winnicott, 1992a). Así, el cuidado por medio de la inteligencia no “proporciona la ilusión de que hay una realidad externa que se corresponde con la capacidad propia del infante para crear” (Winnicott, 2024b, p. 216). La creatividad primaria, característica de la superposición entre lo que el bebé puede concebir y aquello que la figura materna presenta en términos de materialidad, se encuentra oculta y no da señales de existencia, por lo que se hace presente un carácter insatisfactorio ante la imposibilidad de encontrar un enriquecimiento a través de la experiencia viva (Winnicott, 1992b).

El ambiente que responde bajo el dominio radical de la inteligencia obtura de sentido la existencia y reemplaza, por el suyo, el gesto espontáneo del recién nacido. Niega su originalidad, creatividad e imprevisibilidad, y en su lugar, busca conocer al infante por medio de patrones que se repiten, “busca lo mismo, a fin de poder aplicar su principio de que ‘lo mismo produce lo mismo’” (Bergson, 1963, p. 463), siempre a la base de lo que ya ha conocido con anterioridad. En este sentido, “la elaboración imaginativa de las partes somáticas, sentimientos y funciones, esto es, de la vivacidad física” (Winnicott, 2023b, p. 282) del infante, no ocurre. De tal manera que la ausencia de esta imaginación primitiva no permitiría la transición entre lo in-forme a la adquisición de una forma (Gutiérrez, 2020). O incluso, es posible pensar que el ambiente que responde bajo la

jerarquía de la inteligencia concibe una forma --tal y como se formuló anteriormente con Bergson-- aun cuando está en frente de un recién nacido. Esto, tiene como efecto la negación del reconocimiento de su existencia material y subjetiva, ya que al bebé que no se le ilusiona, se le despoja de su posibilidad de habitar los inicios de la integración con la experiencia. Su fuerza vital, que introduce libertad e indeterminación, queda bajo el yugo de significados rígidos provenientes del ambiente al cual se adapta y reacciona. Un cuidado ambiental que falla de esta manera no humaniza, pues no es capaz de reconocer que existe un humano sintiente. Produce un resto como efecto del “quiebre del proceso madurativo del bebé ... una organización defensiva, reactiva que en su particularidad des-habita, despoja al sujeto dejando un vacío ... donde debería estar ocurriendo algo del orden de la vida del individuo” (Rojas, 2020, p. 206-207).

Un ambiente que desconoce la humanidad del *infans* hace del cuidado —bajo la inteligencia— una tarea. Ahí donde la figura materna debería presentarse como una “presencia pura ... [en] el encuentro ... donde el sujeto emerge de los pliegues del con-tacto” (Rojas, 2024, p. 195-197), organiza las necesidades del bebé — y por lo tanto, intelectualiza el *con-tacto*— en tiempos y espacios determinados. No es capaz de mantener “el mundo del infante tan simple como sea posible” (Winnicott, 2023b, p. 284), ya que al concebirlo como si de una “forma” se tratara, los gestos espontáneos se objetalizan como material a esclarecer intelectualmente, despojándolos de su impredecibilidad e indeterminación y arrasando su carácter creativo producto del exceso funcional de un ambiente que busca hacer simple el cuidado mediante la asociación sistematizada de información. Fenómeno que se traduce, entre otras cosas, a cómo es que el tiempo singular de la alimentación sufre de la intromisión del tiempo cronológico dejando al bebé sujeto a pautas horarias por el arbitrio ambiental; a la manera en el que llanto —frente a la predicción— deja de operar como un apelación cuyo significado subjetivo emerge en el encuentro; y en la forma en que la espera deja de depender a la ritmicidad corporal primaria entre individuo-ambiente y pasa a responder a la exigencia ambiental.

Finalmente, Winnicott (1992b) al plantear la relación entre el vivir creador y el vivir mismo, también pensaba en que la pérdida de la posibilidad temprana de crear el mundo —al igual que tardía— producía la desaparición del sentimiento de que la vida es real y significativa. De esta forma, si “la creatividad es la condición de estar vivo” (Winnicott, 1992b, p. 96), la inteligencia condiciona la vida a una existencia sin vivacidad. La vida sería producto de un ambiente que no sostiene con la presencia sino con el pensamiento (Rojas, 2025) y que disecciona la continuidad existencial del bebé hasta extraerlo del flujo continuo del cambio. Disección que, al interrumpir la continuidad ambiental establecida a la base de la duración y confianza, no permitiría el paso a lo que Winnicott (1992c) instaure como contigüidad; la zona intermedia queda explotada y el espacio potencial se torna concreto. El individuo se vería obligado a reaccionar y autosostenerse, teniendo como consecuencia la pérdida de la posibilidad de ser-siendo, y con ello, un sentimiento de vacío, futilidad e irrealidad.

Conclusión

El actual trabajo, tras hacer un recorrido conceptual del desarrollo emocional temprano de la teoría psicoanalítica winnicottiana y la filosofía de Bergson, buscó explorar un posible diálogo teórico-comprensivo acerca de los fallos ambientales tempranos relacionados al vacío y la negación de la existencia espontánea del infante. Interés

que surge a raíz de lo expresado por Winnicott (2024b) a propósito del sostenimiento ambiental durante la dependencia absoluta: “el éxito en el cuidado-infantil depende de la real dedicación y no de la inteligencia o esclarecimiento intelectual” (p. 214). Frase que apertura una pregunta —ya establecida anteriormente— que ahora será formulada como: ¿qué ocurriría si el cuidado ambiental del bebé no está a la base del predominio de la intuición sino de una inteligencia que fragmenta la continuidad existencial? Para su respuesta, se abordaron los conceptos que Bergson postula como expresión de la *élan vital*, referentes a la inteligencia y la intuición, y el concepto de la preocupación maternal primaria del ambiente proveniente de Winnicott. Se pensó en cómo la inteligencia —cuando predomina dentro de la jerarquización dinámica por sobre la intuición e instinto en la función del sostenimiento— mecaniza y fractura la continuidad existencial generando un reemplazo de la ilusión de omnipotencia por significados rígidos que no permiten al *infans* la integración con la experiencia. Significados que obturan su existencia y no dejan paso a la creatividad primaria; que conciben prematuramente, ahí en el vacío primario, una “forma” a la cual se le puede conocer y sostener por medio del pensamiento, repetición y no la identificación. En este sentido, un ambiente que cuida mediante el predominio de la inteligencia no da cabida a lo in-forme, a lo no-integrado, ni al flujo cambiante e indeterminado en el que habita el bebé y su pulsión de agresión. Al no coincidir intuitivamente con él, y por ende, no habitar la *durée* y el yo profundo, el ambiente no humaniza ni percibe a un humano sintiente en frente de él.

- Anfusso, A., & de Sousa, L. (2020).** Winnicott, Little y Benjamin: El diálogo sobre el odio. En C. G. Fenieux & R. Rojas (Eds.), *El odio y la clínica psicoanalítica actual*. (1ª ed., pp. 139-157). Pólvora Editorial.
- Bergson, H. (1965).** La evolución creadora. En *Obras escogidas* (pp. 433-755). Aguilar.
- Bergson, H. (1999).** *Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia*. Ediciones Sígueme.
- Bergson, H. (2013).** *Pensamiento y lo moviente*. Editorial Cactus.
- Deleuze, G. (2017).** *El bergsonismo*. Editorial Cactus.
- Facundo, S. (2013).** La puesta en escena del espíritu. Sujeto del devenir en Bergson. *Cuadernos del Sur-Filosofía*, (42), 143-160.
- Fairbairn, W. (2001).** Estudio psicoanalítico de la personalidad. Lumen-Horme.
- Fenieux, C. G. (2024).** Tiempo y espacio en el setting analítico. Una mirada clínico-teórica. En C. G. Fenieux (Ed.), *Tiempo y espacio. Perspectivas desde el psicoanálisis y el arte*. (1ª ed., pp. 175-188). Pólvora Editorial.
- Freud, S. (1992).** Las propiedades particulares del sistema lcc. *Obras Completas. Volumen XIV (1914-1916)* (pp. 183-186). Amorrortu.
- Gutiérrez, L. (2020).** Aportes para una metapsicología del relacionarse (apasionadamente). Odio, destructividad y telón de fondo dialógico. En C. G. Fenieux & R. Rojas (Eds.), *El odio y la clínica psicoanalítica actual*. (1ª ed., pp. 177-192). Pólvora Editorial.
- López, M. (2020).** Agresión: ¿Vida o muerte? Una investigación sobre las raíces de la agresión. En C. G. Fenieux & R. Rojas (Eds.), *El odio y la clínica psicoanalítica actual*. (1ª ed., pp. 77-91). Pólvora Editorial.
- Ogden, T. (2020).** Volver a concebir la destrucción: sobre "El uso de un objeto y la relación por medio de identificaciones" de Winnicott. En C. G. Fenieux & R. Rojas (Eds.), *El odio y la clínica psicoanalítica actual*. (1ª ed., pp. 95-120). Pólvora Editorial.
- Rojas, R. (2020).** La constitución del odio: el lazo social y su negativo. En C. G. Fenieux & R. Rojas (Eds.), *El odio y la clínica psicoanalítica actual*. (1ª ed., pp. 195-212). Pólvora Editorial.
- Rojas Jerez, R. (2024).** El intersticio de los cuerpos: los modos del contacto y los modos del despojo. En C. G. Fenieux (Ed.), *Tiempo y espacio. Perspectivas desde el psicoanálisis y el arte*. (1ª ed., pp. 193-206). Pólvora Editorial.
- Rojas, R. (2025, 15 de noviembre).** *Winnicott y la Transicionalidad* [presentación de texto]. Jornada Clínicas de la Transicionalidad. Santiago, Chile.
- Ruiz, M. (2009).** Intuición, la experiencia y el tiempo en el pensamiento de Bergson. *ALPHA*, 29, 185-201. <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-22012009002900013>
- Winnicott, D. (1979).** Preocupación maternal primaria. *Escritos de Pediatría y Psicoanálisis*. (pp. 397-404). Paidós.
- Winnicott, D. (1988).** Los estados más tempranos. *Naturaleza Humana* (pp. 179-184). Paidós.
- Winnicott, D. (1991).** Miedo al derrumbe. *Exploraciones psicoanalíticas I* (pp.111-121). Paidós.
- Winnicott, D. (1992a).** El papel de espejo de la madre y de la familia en el desarrollo del niño (G. Armand-Ugón, trad.). *Realidad y juego* (pp. 147-155). Gedisa.
- Winnicott, D. (1992b).** La creatividad y sus orígenes. (G. Armand-Ugón, trad.). *Realidad y juego* (pp. 93-116). Gedisa.
- Winnicott, D. (1992c).** La ubicación de la experiencia cultural. (G. Armand-Ugón, trad.). *Realidad y juego* (pp. 129-138). Gedisa.
- Winnicott, D. (1995a).** El desarrollo de la capacidad para preocuparse del otro. *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador*. Paidós.
- Winnicott, D. (1995b).** Caos. *Naturaleza humana* (pp. 191-194). Paidós.
- Winnicott, D. W. (2023a).** La agresión en relación con el desarrollo emocional. En L. Caldwell & H. T. Robinson (Eds.), *Obras completas de Donald W. Winnicott* (Vol. 3, 1ª ed., pp. 376-393). Pólvora Editorial.
- Winnicott, D. (2023b).** La mente y su relación con el psique-soma. En L. Caldwell & H. T. Robinson (Eds.), *Obras completas de Donald W. Winnicott* (Vol. 3, 1ª ed., pp. 281-295). Pólvora Editorial.
- Winnicott, D. W. (2024a).** La madre dedicada común y corriente y su bebé: la primera semana. En L. Caldwell & H. T. Robinson (Eds.), *Obras completas de Donald W. Winnicott* (Vol. 4, 1ª ed., pp. 55-56). Pólvora Editorial.
- Winnicott, D. (2024b).** Objetos transicionales y fenómenos transicionales. En L. Caldwell & H. T. Robinson (Eds.), *Obras completas de Donald W. Winnicott* (Vol. 4, 1ª ed., pp. 201-219). Pólvora Editorial.